

AVVENGA DI ME QUELLO CHE HAI DETTO (Lc 1,38):
 Maria serva della Parola

Tras estas palabras, que no tenían otra finalidad que la “captatio benevolentiae”, es decir, atraer la atención de los presentes sobre lo que voy a exponer a continuación, pasemos ya al meollo de nuestro discurso, que tiene como título: “María, servidora de la Palabra”. Título éste que podría ampliarse diciendo que María es también: hija, madre, esposa y discípula de la Palabra. Y ello si entendemos esta expresión en el doble sentido que se suele dar al vocablo “Palabra”, a saber, como la “revelación bíblica de Dios”, y como la Persona del Verbo, Hijo de Dios.

El título de la conferencia tiene un subtítulo, y es éste: “Avvenga di me quello che hai detto”, que es el pasaje de Lc 1,38. Esta traducción italiana es un poco “ricercata” en el buen sentido del término. De hecho nosotros estamos habituados a esta expresión más sencilla, la popular: “se compia in me secondo la tua parola”. Lo cual es una traducción más fiel de la tradicional latina de la Vulgata. “Fiat mihi secundum verbum tuum”. La palabra latina “Verbum” es “Parola” en italiano. Al decir María que se cumpla en ella la palabra que ha oído, es decir, al pronunciar el “Fiat”, se está constituyendo en sierva de la palabra, pues, como ha dicho poco antes, ella es la sierva del Señor. Y el diccionario define la palabra “sierva” así: “Nombre que una persona se da a sí misma respecto de otra para mostrarle obsequio y rendimiento”.

A la expresión evangélica “Avvenga di me quello che hai detto” se la conoce como el “Fiat” de María, y es así como nosotros la nombraremos habitualmente. Este “Fiat” o “Sí” es el monosílabo más importante de la historia. Se ha podido escribir que la historia de la humanidad se divide en dos partes: antes del sí de María y después del sí de María. Sencillamente porque con su “sí” María se constituyó en la aurora de la salvación. De hecho, obedeciendo a Dios, consintió en la reparación del género humano y, unida a su Hijo, lo salvó. Los Padres y escritores eclesiásticos insisten a coro, una y otra vez, en la antítesis Eva-María. Por ejemplo, escribe san Ireneo: “Tal es la recirculación de María a Eva: el nudo de la desobediencia de Eva quedó suelto por la obediencia de María”. San Jerónimo, a su vez, sentencia: “Por Eva nos vino la muerte, por María la vida”. Finalmente, oigamos a san Efrén: “Las dos inocentes, las dos sencillas, María y Eva habían sido creadas completamente iguales, pero después la una fue causa de nuestra muerte y la otra de nuestra vida”. El poeta español Lope de Vega resume toda esta doctrina bíblica y patrística en estos espléndidos versos:

Dijo un sí que remedió

Un no de cuatro mil años,
 Con que todos nuestros daños
 Para siempre reparó.

El Papa Pablo VI, en la “*Marialis cultus*”, contemplará ese “*Fiat*”, no desde el ángulo teológico, sino pastoral, y esculpirá esta solemne frase: “El sí de María es para todos los cristianos una lección y un ejemplo para convertir la obediencia a la voluntad del Padre en camino y medio de santificación propia”. El padre Jesús Castellano, el teólogo que tanto colaboró en la historia de estos “Sábados marianos”, hizo a esta frase del Papa el siguiente comentario, tan hermoso: “El sí de María... [ver fotocopia].. nuestro Salvador”.

Cuando Pablo VI presenta el “*Sí*” de María como lección y ejemplo para todos los cristianos, está claro que no se refiere a ese “*sí*” considerado escuetamente, sino teniendo presentes todas sus circunstancias, o sea, el *cuándo*, *cómo* y *dónde* que constituyeron el marco de esa acción de la Virgen.

Cuándo se produjo el “*sí*” de María aparece bien claro en el evangelio: después de un diálogo entre María y el embajador celeste. Es ese el proceder normal de Dios. No impone ni avasalla, sino que expone y pide el consentimiento, la colaboración humana. Así, de una parte se respeta la libertad, y de otra el hombre responde a Dios conscientemente, es decir, sabedor, tras el pertinente diálogo, de aquello a que se compromete. El Vaticano II lo resume así: “I Santi Padri ritengono che Maria non fu strumento meramente passivo nelle mani di Dio, ma che cooperó alla salvezza dell’uomo con libera fede e obbedienza” (LG 56) En este sentido, pues, María es ejemplo y su “*sí*” una lección para el cristiano. Lección que, tras muchos siglos de haberla recibido, el cristiano apenas ha aprendido. Recordemos el caso tal vez más notable: la obediencia en la vida religiosa. Se enseñaba que obedecer al Superior era obedecer a Dios. Y se exigía que la obediencia fuera ciega, sin razonamientos, sin diálogo. Incluso se había acuñado el lema del buen Superior: “*Sic volo, sic jubeo, stet pro ratione voluntas*”, o sea, traducido a nuestra lengua: “Así lo quiero, así lo ordeno: que mi voluntad supla cualquier razonamiento”. Y el lema del buen obediente hacia eco al del buen superior. Re pedía obedecer “*ad instar cadaveris*”, es decir, a semejanza del cadáver, que no tiene capacidad de razonar ni puede comprometerse a nada de una manera responsable. El Vaticano II, con la “*Perfectae caritatis*”, ha puesto remedio a una situación tan anormal al enseñar que la obediencia religiosa (o sea, el obedecer a Dios a través del Superior) tiene que ser dialogada. Ni más ni menos como fue el “*Fiat*” de María, según nos lo presenta el evangelio con claridad meridiana. El Concilio lo resume en dos líneas estupendas: “*Volle il Padre delle misericordie che l’acettazione della predestinata madre precedesse l’incarnazione, perché così, come una donna aveva contribuito a dare la morte, una donna contribuisse a dare la vita*” (LG 56).

Pero el “*Si*” de María no es lección y ejemplo solamente porque fue dado después de un diálogo, sino también por cómo fue dado. No fue un “*Sí*” a regañadientes, un sí más o menos forzado, sino que fue emitido con plena aceptación del mensaje, con gozo, incluso con entusiasmo. Los autores espirituales nos dicen que en el Nuevo Testamento se reseñan tres “*Fiat*”. Y son estos: el *Fiat* de Cristo en la oración de Getsemaní (Lc 22, 42), el del cristiano en la oración del padrenuestro (Mt 6,10) y el de María en la Anunciación. Pero se da entre ellos una notable diferencia de orden semántico: mientras en los dos primeros el verbo griego (en latín “*fiat*”, y que en

italiano estamos traduciendo por “si compia”, “avvenga”) está en tiempo imperativo, en el tercero, en el caso de María, está en optativo. Ahora bien, el verbo en optativo tiene una connotación de ansia, deseo vehemente, hasta de súplica. En otras palabras, que María no se limitó a decir escuetamente: “Hágase”, con una aceptación más o menos resignada de la voluntad de Dios, sino que vendría a expresarse así: ojalá se cumpla en mí lo que acabas de anunciarme; ardo en deseos de que el Verbo se encarne en mis entrañas para colaborar así de lleno en el plan eterno de la salvación. La LG lo ha expresado así de hermosamente: “La Vergine di Nazaret é, per ordine di Dio, salutata dall’Angelo nella Annunciazione quale “piena di grazia” e al celeste messaggero essa risponde: “Ecco l’Ancella del Signore, si faccia in me secondo la tua parola”. Cosí Maria, figlia di Adamo, acconsentendo alla parola divina, diventò madre di Gesù, e abbracciando con tutto l’animo e senza peso alcuno di peccato, la volontà salvífica di Dio, consacró totalmente se stessa quale Ancella del Signore alla persona e all’opera del Figlio suo” (56)

De todo lo dicho no hay que entender que si el “Fiat” de María fuera más perfecto que el de Cristo en Getsemaní o de cualquier cristiano cuando reza el padrenuestro. Sin duda que el de Cristo fue más perfecto que el de María. Aquí solo decimos que el sí de María, externamente, a juzgar por la forma del verbo, aparece como una aceptación gozosa de la voluntad de Dios. Y que en ese sentido es ejemplo para el cristiano: éste debe obedecer siempre gustoso a la voluntad de Dios, como lo hizo María según el texto conciliar citado. Y ello porque sabe que lo que Dios le pide en cada momento es lo más conveniente como camino y medio de santificación propia, según nos ha dicho Pablo VI.

Para este sí de María tuvo que ver mucho el “dónde”. Sobre el lugar de la Anunciación hay diversas opiniones. Según los griegos católicos, por ejemplo, Gabriel se habría aparecido dos veces a María. Se fundan en el conocido “Protoevangelio de Santiago”. La primera vez habría sido en la fuente del pueblo, la única que había. En este lugar, donde se ha erigido una preciosa capilla, hay un cuadro bellissimo que representa a María con el cántaro junto a la fuente mientras es saludada por el ángel. El referido Protoevangelio nos lo cuenta así: “Cierta día cogió María un cántaro y se fue a llenarlo de agua. Mas he aquí que se dejó oír una voz que decía: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres”. Y ella se puso a mirar en torno, a la derecha e izquierda, para ver de dónde podría provenir esta voz. Y, toda temblorosa, se marchó a casa, dejó el ánfora, cogió la púrpura, se sentó en su escaño y se puso a hilarla. Más de pronto un ángel del Señor se presentó ante ella, diciendo: “No tema, María, pues has hallado gracia ante el Señor Omnipotente y vas a concebir por su palabra”.

Ahora bien, lo más probable es que la primera aparición no haya ocurrido nunca. Y que la Anunciación, y una sola vez, haya acaecido en la casita de Nazaret. Y estando María en oración, tal como gusta imaginársela la tradición pictórica. Todos tenemos presentes ahora las célebres anunciaciones de fray Angélico. De ellas hay que eliminar la escenografía renacentista, que es francamente anacrónica, aunque deliciosa. Pero, eso sí, hay que retener el reclinatorio en que María está arrodillada como símbolo expresivo de la oración en que estaba inmersa cuando se le apareció el ángel. O si preferimos, cuando recibió la gracia mística de la Anunciación. Gracia mística que habría consistido en una visión intelectual e imaginaria, y no física que es lo propio de las apariciones. El que la Anunciación se diera a través, no de una aparición o visión física, sino de una

visión interior se prueba por este hecho: según los místicos, la visión física es inferior a las interiores. Por eso es de suponer que a la hora de realizar el sublime misterio de la Anunciación, Dios lo hiciera a través de las gracias superiores, más seguras, y no por medio de la aparición, que se presta a engaños y alucinaciones.

Pero este punto es menos importante para nuestro propósito. Lo que importa aquí es dejar bien claro que la Virgen estaba en oración cuando recibió el anuncio del ángel. Es el momento adecuado para las especiales comunicaciones divinas. Los evangelios presentan a Jesús en clima de oración en los momentos cumbres de su vida: al comenzar su vida pública con la preparación de los cuarenta días en el desierto; cuando es bautizado en el Jordán; en la transfiguración, en Getsemaní antes de la Pasión: en la muerte en la cruz... Y el papa Benedicto añade en su libro "Jesús de Nazareth", que fue después de haber estado en oración cuando enseñó las bienaventuranzas y eligió a los doce apóstoles para que estuvieran con él y enviarlos a predicar.

Así, pues, María, estaba en oración cuando escuchó las palabras del ángel. Palabras que, siguiendo a san Juan de la Cruz, podríamos llamar "substanciales", es decir, que ayudan a hacer lo que expresan. Recordemos ahora cómo el papa Benedicto enseña en la encíclica SPE SALVI que la auténtica virtud de la esperanza no "solo é informativa, non si limita a trasmettere una nozione, ma é performativa, realizza ciò che annunzia". De igual modo podríamos decir del anuncio hecho a María. Las palabras del ángel anunciándole la maternidad divina desencadenaron en ella la virtud necesaria para pronunciar el "fiat", es decir, para aceptar esa futura maternidad con todas sus consecuencias. Y una de esas consecuencias era su carácter definitivo, es decir, la perseverancia irreversible en el "sí". De hecho, fue un sí ("He aquí la esclava del Señor") en contraposición al "non serviam" de los ángeles rebeldes. Dice la LG: "La Beata Vergine Maria ci ha preceduti presentandosi modello eminente e singolare di vergine e madre. Poiché per la sua fede ed obbedienza generò sulla terra lo stesso Figlio di Dio senza contatto con uomo, ma adombrata dallo Spirito Santo quale Eva novella credendo non al antico serpente, ma, senza alcuna esitazione, al messaggero di Dio" (n 63). Y fue un sí hecho como el de los ángeles buenos de una forma completamente lúcida y, por lo mismo, irrevocable. Y en este sentido ese "Sí" es también lección para los cristianos, como decía Pablo VI. Una lección especialmente válida para nuestro tiempo. Un tiempo en que el cristiano no brilla por dar un "Sí" irrevocable a la voluntad de Dios manifestada en su vida. Al contrario, los síes de los cristianos de nuestro tiempo se caracterizan por ser temporales y condicionados. Basta verlo en la escasez de vocaciones a la vida religiosa, en las defecciones que se producen tanto en la vida religiosa como en el ministerio sacerdotal, así como en la proliferación de los divorcios o en el aumento de las uniones libres. Esto último va cada vez en aumento precisamente porque se rehuye el sacramento del matrimonio a causa de su carácter indisoluble.

Resumamos todo lo dicho hasta ahora. El "Fiat" de María, o sea, María "como serva della Parola", fue una actitud que se puso de relieve especialmente en la Anunciación y que continuó sin altibajos hasta el final de la existencia terrena de María. Y, si queremos ser más precisos, un "Fiat" que se prolonga en nuestros tiempos y durará eternamente. Esto nos lo certifica tanto la palabra de Dios cuanto el magisterio de la Iglesia. Por lo que hace a lo primero, recordemos que en los evangelios se habla de esa perennidad del "sí" de María tanto en Lucas como en Juan. Y así, cuando a María se le ofrece la divina maternidad se le ofrece también la maternidad espiritual sobre la humanidad. No puede ser María madre del Cristo físico sin serlo también del Cristo

místico. Esta es también una de las principales enseñanzas de san Pablo. Y Jesús mismo confirma esta realidad en el Calvario. A la que un día aceptó ser su madre física le ofrece ahora la maternidad espiritual. En Nazaret Dios le dijo a María: “Serás madre del Verbo, mi Hijo”. En el Calvario es el mismo Cristo quien, señalándole a san Juan, representante de toda la humanidad, le dice: “Serás madre de mi cuerpo místico”. Y María, sea en Nazaret, sea en el Calvario, pronuncia su “Fiat” que la hace acreedora a esa doble maternidad.

Pero para redondear todo esto tenemos el episodio del capítulo 11 de san Lucas. Acaece cerca de Jerusalén, durante el último año de su vida, en la fiesta de los Tabernáculos. Como de costumbre, Jesús está adoctrinando a la plebbe. Oyéndole, una anónima mujer no puede contenerse y exclama: “¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!” Y Jesús responde: “Más bien dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 14-28). El elogio no puede ser más claro. Jesús no niega la maternidad física de María, y lo fue gracias a su “Fiat” de Nazaret, es decir, a que en Nazaret se constituyó en “serva della Parola”. San Agustín presentaba a María como la perfecta madre y discípula del Señor por haber cumplido en todo su palabra y su voluntad. Por su parte, San Ambrosio aconsejaba: “Vive la palabra de Cristo, si quieres ser la madre de Cristo”. Por eso, Jesús, a esa maternidad física de María, añade una maternidad espiritual, y precisamente porque María continúa en su actitud de ser serva della Parola. Maternidad espiritual que, ya lo hemos dicho, en el calvario se extenderá a todo el cuerpo místico de Cristo. Y ello mediante el “Fiat” al pie de la cruz, un “fiat” como el de Nazaret irrevocable. Así lo ha entendido la Iglesia al decir que María “diede alla luce il Figlio, che Dio ha posto quale primogenito tra i mopti fratelli, cioé tra i fedeli, rigenerazione e formazione dei quali essa coopera con amore di madre” (n. 63).

Conclusión. Los Sumos Pontífices han recibido, desde tiempo inmemorial, el título de “Servus servorum Dei”: “Siervo de los siervos de Dios”. Pero la Historia atestigua que ni todos los Papas, ni siempre, han hecho honor a ese título. La Virgen María, en cambio, no fue víctima de semejante incoherencia. Por una parte ella misma se dio el título de “Sierva” (“se ha fijado en la pequeñez de su sierva”); por otra, la Iglesia le ha dado el título de “Serva della Parola”, y ella no sólo hizo honor a ese título, señaladamente desde Nazaret al Calvario, sino que sigue siendo fiel al mismo durante toda la eternidad.

AVVENGA DI ME QUELLO CHE HAI DETTO (Lc 1,38):
Maria serva della Parola

Dopo queste parole che non avevano un'altra finalità che la "captatio benevolentiae", cioè, attrarre l'attenzione dei presenti su quello che esporrò, passiamo al midollo del nostro tema che ha come titolo: "María, serva della Parola". Titolo che potrebbe essere ampliato dicendo che María è anche: figlia, madre, sposa e discepola della Parola. E ciò se intendiamo questa espressione nel duplice senso che normalmente si dà al termine "Parola", cioè, come la "rivelazione biblica di Dio", e come la Persona del Verbo, Figlio di Dio.

Il titolo della conferenza ha un sottotitolo, ed è questo: "Avvenga di me quello che hai detto" che è il testo di Lc 1,38. Questa traduzione italiana è un po' "ricercata" nel senso buono del termine. In realtà noi siamo abituati a quest'altra espressione più semplice, quella popolare: "Si compia in me secondo la tua parola", che è una traduzione fedele del testo latino della Vulgata: "Fiat mihi secundum verbum tuum". Il termine latino "Verbum" corrisponde a "Parola", in italiano. María, dicendo che si realizzi in lei la parola che ha sentito, vale a dire, pronunciando il "Fiat", si fa serva della parola, poiché, come ha detto poco prima, ella è la serva del Signore. E il dizionario definisce così la parola "serva": "Nome che una persona si dà a sé stessa rispetto ad un'altra per mostrargli ossequio e soggezione."

L'espressione evangelica "Avvenga di me quello che hai detto" è conosciuta come il "Fiat" di María. Questo "Fiat" o "Sì" è il monosillabo più importante della storia. È stato scritto che la storia dell'umanità si divide in due parti: prima del sì di María e dopo il sì di María. Semplicemente perché col suo "sì" María dà inizio all'aurora della salvezza. In realtà, ubbidendo a Dio, consente alla riparazione del genere umano e, unita a suo Figlio, coopera alla sua salvezza. I Padri e scrittori ecclesiastici insistono in coro, una volta e un'altra, sull'antitesi Eva-María. Per esempio, sant Ireneo scrive: "Tale è la recirculazione di María ad Eva: il nodo della disubbidienza di Eva rimase sciolto per l'obbedienza di María". San Girolamo, a sua volta, afferma: "Per Eva ci venne la morte, per María la vita". Infine, sentiamo sant Efrem: "Le due innocenti, le due semplici, María ed Eva erano state create completamente uguali, ma poi l'una fu causa della nostra morte e l'altra della nostra vita". Il poeta spagnolo Lope de Vega riassume tutta questa dottrina biblica e patristica in questi splendidi versi:

Disse un sí che rimediò
Un no di quattro mille anni,
Con cui tutti i nostri danni
Per sempre essa riparò.

Il Papa Paolo VI, nella "Marialis cultus", contemplerà questo "Fiat", non dall'angolo teologico, bensì pastorale, e scolpirà questa solenne frase: "Il sì di María è per tutti i cristiani una lezione ed un esempio per trasformare l'obbedienza alla volontà del Padre in cammino e mezzo di santificazione propria".

Quando Paolo VI presenta il "Sì" di María come lezione ed esempio per tutti i cristiani, è chiaro che non si riferisce a questo "sì" considerato solo in se stesso, ma con

tutte le sue circostanze, cioè, il *quando*, il *come* e il *dove* che costituiscono la cornice dell'atteggiamento della Madonna.

Il *quando* si verificò il "sì" di María appare ben chiaro nel vangelo: dopo un dialogo tra María e l'ambasciatore celeste. È questo il modo normale che Dio ha di comportarsi. Non impone né soggioga, ma espone e chiede il consenso, la collaborazione umana. Così, da una parte si rispetta la libertà, e dall'altra l'uomo risponde coscientemente a Dio, cioè, conoscendo bene, dopo il vero dialogo, ciò a cui si impegna. Il papa Benedetto, nel suo libro "Gesù di Nazareth" ci ricorda che nel racconto dell'Annunciazione della concezione di Gesù da parte dell'angelo Gabriele, Luca ci dice che Maria fu turbata dal saluto e che ella iniziò un "dialogo" interiore e si chiese cosa potesse significare. Il Vaticano II, a sua volta, riassume tutto così: "I Santi Padri ritengono che Maria non fu strumento meramente passivo nelle mani di Dio, ma che cooperò alla salvezza dell'uomo con libera fede ed obbedienza" (LG 56).

In questo senso, dunque, María è esempio, e il suo "sì", una lezione per il cristiano. Lezione che, anche dopo molti secoli dell'averla ricevuta, il cristiano ha appena parzialmente imparato. Ricordiamo il caso forse più noto: l'obbedienza nella vita religiosa. Si insegnava che ubbidire al Superiore era ubbidire a Dio. E si esigeva che l'obbedienza fosse cieca, senza ragionamenti, senza dialogo. Si ha perfino coniato il lemma del buon Superiore: "Sic volo, sic jubeo, stet pro ratione voluntas", che tradotto in italiano dice: "Così voglio, così ordino: che la mia volontà supplisca qualunque ragionamento". E il lemma del buon ubbidiente faceva eco a quello del buon superiore. Si doveva obbedire "ad instar cadaveris", cioè, a somiglianza del cadavere che non ha capacità di ragionare né può impegnarsi in nulla in modo responsabile. Il Vaticano II, con la "Perfectae caritatis", ha posto rimedio ad una situazione tanto anormale insegnando che l'obbedienza religiosa (ossia, l'ubbidire a Dio attraverso il Superiore) deve essere dialogata. Né più né meno come il "Fiat" di María, come ce lo presenta il vangelo con chiarezza meridiana. Il Concilio riassume tutto in due linee stupende: "Volle il Padre delle misericordie che l'accettazione della predestinata madre precedesse l'incarnazione, perché così come una donna aveva contribuito a dare la morte, una donna contribuisse a dare la vita" (LG 56).

Ma il "Sì" di María non è solamente lezione ed esempio perché fu dato dopo un dialogo, ma anche per come fu dato. Non fu un "Sì" a controvoglia, un sì più o meno forzato, ma fu un "Sì" emesso con la piena accettazione del messaggio, dato con allegria, con prontezza, perfino con entusiasmo. Gli autori spirituali notano che nel Nuovo Testamento sono presenti tre "Fiat". E sono questi: il "Fiat" di Cristo nell'orto del Getsemani (Lc 22, 42), quello del cristiano nel Padrenostro (Mt 6,10) e quello di María nell'Annunciazione. Ma in essi c'è una notevole differenza di ordine semantico: mentre nei due primi il verbo greco (in latino "Fiat", e che in italiano stiamo traducendo per "si compia", "avvenga") è all'imperativo, nel terzo, nel caso di María, è all'ottativo. Orbene il verbo ottativo ha una connotazione di tensione, di desiderio veemente, perfino di supplica. In altre parole: María non si limitò a dire semplicemente: "Si compia", con un'accettazione più o meno rassegnata della volontà di Dio, quanto piuttosto con l'impeto si esprime così: magari si realizzi in me quello che mi hai appena annunciato; ardo del desiderio che il Verbo si incarni nelle mie viscere per collaborare così pienamente al piano eterno della salvezza. La *Lumen Gentium* l'ha espresso splendidamente: "La Vergine di Nazaret è, per ordine di Dio, salutata dall'Angelo nella Annunciazione quale "piena di grazia" ed al celeste messaggero essa risponde: "Ecco l'Ancella del Signore, si faccia in me secondo la tua parola". Così Maria, figlia di

Adamo, acconsentendo alla parola divina, diventò madre di Gesù, ed abbracciando con *tutto l'animo e senza peso* alcuno di peccato, la volontà salvifica di Dio, consacrò totalmente se stessa quale Ancella del Signore alla persona ed all'opera del Figlio suo" (56).

Di quanto abbiamo detto non bisogna dedurre che il "Fiat" di María sia più perfetto di quello di Cristo sul Getsemani o di quello del cristiano quando dice il Padrenostro. Senza dubbio quello di Cristo fu più perfetto di quello di María. Qui diciamo soltanto che, esternamente a giudicare dalla forma del verbo, il sì di María appare come un'accettazione gioiosa della volontà di Dio. E che in questo senso è d'esempio per il cristiano, che deve ubbidire alla volontà di Dio con gioia, come fece María a detta del testo conciliare citato. E ciò perché sa che quello che Dio gli chiede in ogni momento è la cosa più conveniente come cammino e mezzo di santificazione propria.

Per approfondire di più questo "sì" di María dobbiamo considerare attentamente anche il "dove". Sul posto dell'Annunciazione ci sono diverse opinioni. Secondo i greci cattolici, per esempio, Gabriele sarebbe apparso due volte a María. Si fondano sul conosciuto "Protovangelo di Giacomo". La prima apparizione sarebbe avvenuta presso una fonte, dove sarebbe stata nella fonte del paese, l'unica esistente. In questo posto, è stata eretta una preziosa cappella, dove c'è un bel dipinto che rappresenta María con l'anfora vicino alla fonte mentre è salutata dall'angelo. Il suddetto Protovangelo così racconta: **"Un certo giorno prese María un'anfora e andò a riempirla di acqua. Ma ecco che si sentì una voce che diceva: "Ave, piena di grazia, il Signore è con te, benedetta tu tra le donne". Ella si mise a guardare intorno, a destra e a sinistra, per vedere da dove provenisse quella voce. E, tutta tremula, ritornò a casa, lasciò l'anfora, prese la porpora, si sedette sul suo scanno e si mise a filarla. Ma all'istante un angelo del Signore si presentò davanti a lei, dicendo: "Non temere, María, perché hai trovato grazia davanti al Signore Onnipotente e concepirai per la sua parola."**

Orbene, la cosa più probabile è che la prima apparizione non sia mai successa. E che l'Annunciazione, una sola volta, sia accaduta nella casetta di Nazaret mentre María stava pregando, come piace immaginarsela la tradizione pittorica. Tutti abbiamo presenti le celebri annunciazioni di fra Angelico. Da esse bisogna eliminare la scenografia rinascimentale che è francamente anacronistica, benché deliziosa. Ma bisogna mantenere l'inginocchiatoio su cui María è inginocchiata come simbolo espressivo della preghiera nella quale era immersa quando l'angelo le apparve. O se preferiamo, quando ricevette la grazia mistica dell'Annunciazione. Grazia mistica che sarebbe consistita in una visione intellettuale e immaginaria, e non fisica propria delle apparizioni. Che l'Annunciazione sia accaduta non per mezzo di un'apparizione o visione fisica, bensì di una visione interiore si può arguire da questo fatto: secondo i mistici, la visione fisica è inferiore alle visioni interiori. Per questo si può congetturare che nel momento di realizzare il sublime mistero dell'Annunciazione, Dio lo abbia fatto attraverso le grazie superiori, più sicure, e non per mezzo di un'apparizione che si presta ad inganni e allucinazioni.

Ma questo punto non è tanto importante per il nostro scopo. Quello che ci importa qui è mettere in rilievo che la Vergine stava in preghiera quando ricevette l'annuncio dell'angelo. La preghiera è il momento adeguato per le speciali comunicazioni divine. I vangeli presentano Gesù in clima di orazione nei momenti culminanti della sua vita: nell'inaugurare la sua vita pubblica con la preparazione dei quaranta giorni nel deserto; quando è battezzato nel Giordano; nella trasfigurazione, nel

Getsemani prima della Passione; nel momento della morte sul Calvario... Ed il papa Benedetto aggiunge nel suo libro "Gesù di Nazareth" che dopo essere una notte in preghiera, Gesù proclamò le Beatitudini, scelse i dodici apostoli affinché stessero con lui ed li inviò a predicare.

Così anche María, stava immersa nella preghiera quando "ascoltò" le parole dell'angelo. Parole che, seguendo san Giovanni della Croce, potremmo chiamare "sostanziali", cioè, che operano quello che esprimono. Ricordiamo ora quanto papa Benedetto insegna nell'enciclica SPE SALVI: che l'autentica virtù della speranza non "solo é informativa, cioè non si limita solo a trasmettere una nozione, ma è performativa, cioè realizza ciò che annunzia". Lo stesso potremmo dire dell'annuncio fatto a María. Le parole dell'angelo che le annunciano la maternità divina scatenano in lei le virtù necessarie per pronunciare il "Fiat", cioè, per accettare quella futura maternità con tutte le conseguenze. E una di queste conseguenze è il suo carattere definitivo, vale a dire, la perseveranza irreversibile nel "sì". Di fatto, fu un Sí ("Ecco la schiava del Signore", in contrapposizione al "non serviam" degli angeli ribelli. Dice la LG: "La Beata Vergine Maria ci ha preceduti presentandosi modello eminente e singolare di vergine e madre. Poiché per la sua fede ed obbedienza generò sulla terra lo stesso Figlio di Dio senza contatto con uomo, ma adombrata dallo Spirito Santo quale Eva novella credendo non all'antico serpente, ma, senza alcuna esitazione, al messaggero di Dio" (n 63).

E fu un sí detto come quello degli angeli buoni, cioè, in una forma completamente lucida e, per ciò stesso, irrevocabile. E in questo senso quel "Sí" è anche una lezione per i cristiani, come diceva Pablo VI. Una lezione valida specialmente per il nostro tempo, nel quale il cristiano non brilla nel dire un "Sí" irrevocabile alla volontà di Dio che si manifesta nella sua vita. Spesso, i "sí" dei cristiani del nostro tempo si caratterizzano nell'essere temporanei e condizionati. Si può osservare questo fenomeno nella scarsità di vocazioni alla vita religiosa, nelle defezioni che accadono sia nella vita religiosa che nel ministero sacerdotale; come anche nella proliferazione di divorzi o nell'aumento delle unioni libere. Questo fatto va sempre più aumentando appunto perché si evita il sacramento del matrimonio per il suo carattere indissolubile.

Riassumiamo ora quanto abbiamo detto fin qui su María "serva della Parola": è un atteggiamento che viene in particolare in rilievo nell'Annunciazione e che poi continua senza alti e bassi fino alla fine dell'esistenza terrena di María. Se vogliamo essere più precisi, è un "Fiat" che si prolunga fino ai nostri tempi e durerà eternamente. Questo ce lo certifica sia la parola di Dio che il magistero della Chiesa. Per quanto riguarda la continuità, ricordiamo che nei vangeli si parla della perennità del "sì" di María, sia in Luca che in Giovanni. Di fatto, quando a María è offerta la divina maternità, gli viene offerta anche la maternità spirituale su tutta l'umanità. María non può essere madre del Cristo fisico senza esserlo anche del Cristo mistico. Questo è pure uno dei principali insegnamenti di san Paolo. E Gesù stesso conferma questa realtà sul Calvario. A quella che un giorno accettò di essere sua madre fisica, ora offre la maternità spirituale. A Nazaret Dio disse a María: "Sarai madre del Verbo, mio Figlio". Sul Calvario è lo stesso Cristo che indicando san Giovanni, che rappresenta tutta l'umanità, dice a Maria: Sarai madre del mio corpo "mistico". E María, sia a Nazaret, che sul Calvario, pronuncia il "Fiat" che la introduce in quella doppia maternità.

Per arricchire quanto abbiamo esposto fin qui possiamo accostarci all'episodio del capitolo 11 di san Luca. Siamo vicini a Gerusalemme, durante l'ultimo anno della

vita di Gesù, nella festa dei Tabernacoli. Come di abitudine, Gesù sta istruendo il popolo. Sentendolo, un'anonima donna non può contenersi ed esclama: " Felice il ventre che ti portò ed i seni che ti allevarono"! E Gesù risponde: "Piuttosto felici quelli che ascoltano la parola di Dio e la compiono" (Lc 11, 14-28). L'elogio non può essere più chiaro. Gesù non nega la maternità fisica di María, prerogativa che Maria ricevette grazie al "Fiat" di Nazaret quando si professò "serva della Parola" nell'Annunziacine. Sant Agostino presenta a María come la madre perfetta e la discepola del Signore che ha compiuto in tutto e sempre la sua parola e ha fatto la sua volontà. Da parte sua, Sant Ambrogio consiglia: "Vivi la parola di Cristo, se vuoi essere la madre di Cristo". Perciò Gesù, alla maternità fisica di María, aggiunge una maternità spirituale, e questo perché María continua nel suo atteggiamento di serva della Parola. Maternità spirituale che, l'abbiamo già detto, sul calvario si estenderà a tutto il corpo mistico di Cristo. E ciò mediante il "Fiat" ai piedi della croce, un "Fiat" come quello di Nazaret, irrevocabile. Così l'ha capito anche la Chiesa dicendo che María "durante la predicazione del Figlio raccolse le parole, con le quali, esaltando il Regno al di sopra dei rapporti e dei vincoli della carne e del sangue, proclamò beati quelli che ascoltano e custodiscono la parola di Dio (cf. **Mc 3,35; Lc 11,27-28**), come lei fedelmente faceva (cf. **Lc 2,19.51**). Così anche la B. Vergine progredì nel cammino della fede e conservò fedelmente la sua unione col Figlio sino alla croce, dove, non senza un disegno divino, stette (cf. **Gv 19,25**), soffrì intensamente con il suo Unigenito e si associò con animo materno al suo sacrificio, amorosamente consenziente all'immolazione della vittima da lei generata; finalmente, dallo stesso Cristo Gesù morente in croce fu data come madre al discepolo con queste parole: Donna, ecco il tuo figlio! (. 59)

Conclusion. I Sommi Pontefici hanno ricevuto, da tempo immemorabile, il titolo di "Servus servorum Dei": Servo dei servi di "Dio". Ma la Storia testimonia che non tutti i Papi, né sempre, hanno fatto onore a questo titolo. La Vergine María, invece, non fu vittima di alcuna incoerenza. Da una parte lei stessa si diede il titolo di "Serva" ("ha guardato l'umiltà della sua serva"); da un'altra, la Chiesa le ha dato il titolo di "Serva della Parola". Or bene, Maria fece onore a quel titolo, specialmente da Nazaret al Calvario, e continua serbando e servendo la Parola per tutta l'eternità. Così dice la LG: "Questa maternità di Maria sul piano della grazia perdura senza soste, dal consenso che ha fedelmente formulato nell'Annunziacine e che ha mantenuto senza esitazione sotto la croce fino al perpetuo coronamento di tutti gli eletti. (62).

Questa funzione Maria continua a esercitarla dapprima dopo la morte e risurrezione di Gesù. Come dice lo stesso Concilio: "Essendo piaciuto a Dio di non manifestare solennemente il mistero della salvezza umana prima di avere effuso lo Spirito promesso da Cristo, vediamo gli Apostoli prima del giorno di Pentecoste "assidui e concordi nella preghiera, insieme con alcune donne e con Maria, la madre di Gesù e con i fratelli di lui", e anche Maria che implora con le sue preghiere il dono dello Spirito, che aveva già steso su di lei la sua ombra nell'Annunziacine". (59) Allora, nell'Annunziacine, disse Maria: "Avvenga di me quello che hai detto", e adesso, nel Cenacolo, prega perché si avveri la promessa di Gesù –la parola di Gesù- di inviare il suo Spirito.

Poi l'atteggiamento di Maria per la Pentecoste continua senza interruzione fino alla fine dei tempi. Sentiamo questa última affermazione del Concilio con la quale concludiamo la nostra conferenza: "Già glorificata in cielo nel corpo e nell'anima, la Madre di Gesù è l'immagine e l'inizio della Chiesa che dovrà avere il suo compimento nella futura eternità, così nel frattempo brilla quaggiù sulla terra come segno di sicura speranza e di consolazione per il Popolo di Dio in cammino, fino a quando verrà il giorno del Signore (68). Assunta in cielo non ha cessato questa missione di salvezza, ma con la sua molteplice intercessione continua ad ottenerci i doni della salvezza eterna. Con la sua materna carità si prende cura dei fratelli del

Figlio suo ancora peregrinanti e in balia di pericoli ed affanni, finché non siano condotti nella patria beata. Per questo la B. Vergine è invocata nella Chiesa con i titoli di Avvocata, Soccorritrice, Mediatrice, **Ausiliatrice**. (62)

Ed ecco che, con questo último título (Ausiliatrice), che il Concilio dà a Maria, noi ritorniamo al cenno iniziale, cioè, a la festa mariana che oggi la Chiesa celebra. Così ricordiamo con il Concilio, che Maria “diede alla luce il Figlio, che Dio ha posto quale primogenito tra i molti fratelli, cioè tra i fedeli, alla cui rigenerazione e formazione essa coopera con amore di madre” (n. 63). Perciò noi possiamo concludere la nostra meditazione dicendo con tutto il cuore questa giaculatoria: “María, serva della Parola, Madre nostra e nostra Ausiliatrice, prega per noi”.

VICENTE MARTINEZ-BLAT